

dor de Roma, habia sido ya en tiempo de Pio VII el intérprete de las familias cerca la Santa Sede, presentando al Papa una súplica en la cual se leía: «El colegio Romano, santuario dedicado á las ciencias y á la Religión, antigua propiedad de la Compañía de Jesús, «seminario de un gran número de personajes célebres por su santidad «ó su saber, se halla todavía en poder de manos mercenarias. Aun- «que en virtud de un acta de Vuestra Santidad se prometió á los «Jesuitas la restitucion de sus antiguas propiedades que no estuvie- «sen enajenadas, por los que no se pueda dudar que el referido Co- «legio les será prontamente restituido, se resuelve el pueblo á ten- «tar los medios que crea mas conducentes para acelerar esa restitui- «cion que será el complemento de sus deseos.»

Solicitaba el pueblo romano esta gracia al trono de Pio VII; pero los acontecimientos, mas poderosos que la voluntad de los hombres, hicieron aplazar la concesion á un Papa amigo de los Jesuitas. Su sucesor, á quien creian su adversario, accedió á aquella peticion espontáneamente: hé aquí cómo empezaba el breve de Leon XII:

«Entre los numerosos establecimientos que la previsora solicitud «de los Soberanos Pontífices ha fundado en nuestra ciudad para pro- «curar eficazmente la salvacion y todas las ventajas al pueblo cris- «tiano, ninguno hay sin duda tan digno y honroso como el colegio «Romano; ese colegio que, levantado para la gloria de la Religión «y de las bellas artes por Gregorio XIII de feliz memoria, y cons- «truido con tanta grandeza y magnificencia, mereció durante el cur- «so de su duracion por parte de nuestros predecesores los mas evi- «dentes testimonios de especial solicitud y paternal benevolencia.

«Es, en efecto, digno de admiracion el que ese jardin por tanto «tiempo cerrado haya producido sin interrupcion hasta nuestros dias «tan sabrosos frutos, esto es, que ese santuario de las bellas artes «haya formado para el bien de la Iglesia y del Estado un tan gran «número de hombres eminentes y recomendables por la santidad de «sus costumbres, el alto honor de sus dignidades y la excelencia de «sus doctrinas.

«Ese colegio que debe su esplendor á san Ignacio de Loyola, fun- «dador de la Compañía de Jesús, fue confiado por los Soberanos «Pontífices á los sacerdotes regulares, que lo gobernaron con tanta «prudencia y acierto mientras subsistió su religion, así como des- «pues de ellos lo dirigieron, dando el mismo resultado, los sacer- «dotes seculares á quienes se confió. Pero como nuestro predecesor

«Pio VII, en virtud de sus cartas apostólicas del 7 de los idus de agos- «to de 1814, restableció á la Compañía de Jesús en su primitiva dig- «nidad, á fin de que educara á la juventud en las ciencias y en la «virtud; Nos, que estamos plenamente informados de la intencion «que tenia aquel Pontífice de colocar nuevamente á la Sociedad de «Jesús en el colegio Romano, hemos creido deber inmediatamente «deliberar sobre este negocio y consultar la Congregacion de nues- «tros venerables hermanos los Cardenales de la santa Iglesia, á «quienes hemos confiado la importante mision de establecer en todos «nuestros Estados el sistema de instruccion mejor y mas ventajoso, «por ser el único medio de regenerar la sociedad entera en estos «tiempos tan calamitosos y funestos para la Iglesia: concedemos por «la plenitud de la autoridad apostólica y por las presentes señalamos «y cedemos para siempre á nuestros queridos hijos, los clérigos re- «gulares de la Compañía de Jesús, y en su nombre á nuestro que- «rido hijo Luis Fortis, general de la referida Compañía, el colegio «Romano, la iglesia de San Ignacio y el oratorio que lleva el nom- «bre del P. Caravita, los museos, la biblioteca y el observatorio con «todas sus dependencias, con la condicion de que deberán tener en «este colegio, segun la antigua costumbre que estaba en vigor el «año 1773, escuelas públicas á las cuales mandamos unir las cáte- «dras de elocuencia sagrada, física y química.»

En aquellas circunstancias era aquel breve mas que una consa- gracion para la Sociedad de Jesús, puesto que venia á ser entre ella y la Santa Sede un indisoluble lazo, porque en Roma nunca buscan los Papas destruir lo que sus predecesores levantaron. La aprobacion de Leon XII, sancionando y aumentando los favores acordados ya por Pio VII, era tanto mas preciosa para los Jesuitas en cuanto no titubeaba el nuevo Pontífice en cortar de raíz los abusos que le hacia descubrir su austera prudencia. Siempre enfermizo, pero dispuesto siempre á superar los sufrimientos del cuerpo con el inalterable vigor de su alma, procuraba Leon XII imitar á los Pontífices mas venerados que le precedieron, haciéndoles resucitar, por decirlo así, en su augusto trono. Comprendía las necesidades de su siglo y el verdadero espíritu del ministerio sacerdotal; por esto era económico y justo, benévolo y rígido, y no le fue difícil ponerse de acuerdo con los Jesuitas. Es verdad que no les habia sido favorable antes de su encumbramiento, pero el trono le inspiró otras ideas que supo conservar para siempre. El sucesor de Pedro comprendió que el

Instituto no estaba en pugna con tantas hostilidades patentes ó secretas sino porque defendían los Padres la Religión y los Gobiernos legítimos. Por esto resolvió el Papa por deber y reconocimiento proteger á su vez á los discípulos de san Ignacio, sin que faltara nunca á la benéfica mision que se impuso. Solo faltaba en Roma y en los Estados pontificios dejar obrar para ello á las poblaciones cuyo noble ardor supo sostener y aumentar el Papa con su laudable ejemplo. Visitó á menudo las casas de la Compañía, se ocupó en la beatificación de sus Santos, acrecentó con sus beneficios el colegio Germánico ¹, y protegió generosamente á aquella Sociedad en la que tanto admiraba sus luces y su ardiente celo. Tenia Leon XII algunos sobrinos cuya educacion confió al P. Ricasoli que tuvo la gloria de ver al mayor de ellos revestido con la púrpura romana, y sostener en la silla arzobispal de Ferrara la grandeza del nombre de della Genga. Su solicitud por todas las iglesias no impedía al Pontífice dirigir de cuando en cuando una mirada de amor hácia la ciudad que fue su cuna. Á pesar de que habia hecho ya bastante en favor de Spoleto, quiso en el mes de noviembre de 1825 hacer todavía mas por ella, restaurando el antiguo colegio de la Compañía, mientras se erigia al mismo tiempo en Roma el colegio de los Nobles ². Á fin de hacer al colegio Romano digno de su pasada gloria, reunieron los Jesuitas la flor de sus profesores: Antonio Kohlmann dejó el Maryland para enseñar el dogma en él; Dumouchel, uno de los alumnos mas

¹ Estaba ya establecido el colegio Germánico sobre sus antiguas bases. Los dos primeros discípulos que se formaron en la escuela de los Jesuitas de Ferrara fueron José Depreux, obispo de Sion en Valais, y Francisco Machoud, canónigo de aquella catedral: en 1819 unióse Fontana, hoy dia arcediano de Friburgo, á los dos valesanos. Aquel gérmen del colegio alemán fue transferido á Roma en la casa del Gesu; y en 1823 mandó Leon XII que volviesen á tomar los germanos su antiguo traje. Al presente ese establecimiento que no tiene casa ni iglesia propias, florece como en los mas felices dias del Instituto, pudiéndose decir que es todavía el plantel de los Obispos de Alemania. Nótase entre estos al conde Lubienski, obispo de Rodiópolis, á Jorge Stahl, obispo de Wurzbúrgo, al conde Carlos Augusto de Reisach, nombrado por Pio VIII rector de la Propaganda á su salida del colegio Germánico, y elegido por el Rey de Baviera obispo de Eichstadt y coadjutor de Munich.

² No pudieron los Jesuitas ocupar este nuevo establecimiento hasta 1826, por existir una ley en Roma que era religiosamente observada, consistente en que durante el tiempo del jubileo no se podia obligar á ningun inquilino al desocupo de la casa que habitaba. Leon XII deseó dar á todos los fieles un ejemplo de respeto en favor de las prescripciones antiguas, y hé aquí por qué los Jesuitas no se instalaron hasta un año mas tarde en la casa que les pertenecía.

distinguidos de la Escuela politécnica, fue encargado de la cátedra de astronomía, y Van Evenbroeck de la de controversias. Andrés Caraffa, Carlos Grossi, Javier Patrizi, Juan Perrone, Bautista Pianciani, Miguel Tomei y Domingo Zecchinelli secundaron los esfuerzos de aquellos sábios que dirigian Taparelli y Finetti: el P. Luis Maillard fue el que abrió gloriosamente el curso de las tesis públicas.

Esta sucesion de acontecimientos felices no cogió por cierto á los Jesuitas desprevenidos. El P. Pallavicini declinó en Reggio los honores del episcopado, y el P. Benito Fenwich solo supo su nombramiento para la silla de Boston cuando recibió las bulas para que la aceptara. Antonio Kohlmann y Pedro Kenney fueron igualmente propuestos para los obispados de Nueva-York y de Drummore, de lo que informaron desde luego al General del Instituto. Suplicó Fortis al Papa que librara á los dos misioneros de tan terrible honor, y Leon XII acogió benigno aquella ambicion de humildad: solo aspiraban los Jesuitas á vivir en la indigencia y el trabajo, cuando un noble polaco les enseñó tambien á morir santamente. El conde Miguel Szczytt nació en la Rusia Blanca á 3 de diciembre de 1786, habiendo sido uno de los mas intrépidos soldados de Alejandro I: era hombre de una estatura colosal y de un valor que nunca conoció el peligro; cuando se firmó la paz renunció á la carrera de las armas, y se fué á vivir entre los jesuitas de Polotsk. Despues de haber recorrido por última vez la Europa, se refugió en la capital del mundo católico, donde le recibió el P. Rozaven como su propio hijo: en 31 de mayo de 1824 recibió Szczytt las sagradas órdenes, y entró en el noviciado de los Jesuitas. Murió en 24 de junio de 1825 á la edad de treinta y nueve años, legando á todos sus hermanos del Instituto el ejemplo de una vida edificante y de una muerte preciosa delante de Dios.

Como consta en los anales de la Iglesia haber sucedido repetidas veces, sucumbian el Papa y el General de los Jesuitas casi á un tiempo mismo. Terminó Leon XII su carrera á 10 de febrero de 1829, habiéndole precedido Fortis tan solo de catorce dias en el sepulcro, pues exhaló el General su postrer suspiro en 27 de enero de aquel mismo año. Encontráronse algunas líneas escritas de su propio puño, por las que designaba por vicario al P. Pavani, provincial de Italia. El jefe interino de la Orden llamó junto á sí al P. Roothaan, á fin de que le sucediera en las funciones que trataba de abdicar, y

luego convocó la Congregacion general para el 29 de junio. Los principales jesuitas delegados á ella fueron Juan Grassi, Francisco Finetti, Luis Loeffler, Nicolás Godinot, Tom Glover, Sineo, Landés, Korsak, Julian Druilhet, Richardot, Bird, Olivieri, Narbonne, Vulliet, Petit-Jean, Drach, Sorrentino, Scarlata, Broock, Kenney, Sancho y Janssen.

En 9 de julio el P. Roothaan, cuyo nombre se confundia con el del P. Rozaven para aquel nombramiento, fue nombrado general de la Compañía en el cuarto escrutinio. Eligió para procurador general á Serafin Manucci, y á Janssen para secretario de la Orden, ocupándose luego en satisfacer los deseos manifestados por las diferentes provincias. Todos demostraron la solicitud de que se hallaba cada miembro animado para conservar al Instituto en toda su integridad y hacer prosperar la enseñanza: á este fin pidieron unánimemente la revision del *Ratio studiorum*, para apropiarlo á las necesidades de la época. Antes de que la Congregacion discutiera ese punto esencial, que cuando la eleccion de Fortis solo habia sido admitido como principio, creyó el General deber manifestar su opinion en una cuestion tan vital. Declaró que las circunstancias y la agitacion de los ánimos exigian imperiosamente la realizacion del deseo que animaba á todos los Padres, pero que él creia no deber elevarse á forma de ley antes de haber hecho sancionar por la experiencia las mejoras introducidas en las provincias de la Orden: su opinion fue adoptada. Un nuevo Pontífice se habia destinado ya á la Iglesia universal; recayendo en 31 de marzo de 1829 la eleccion en el cardenal Javier Castiglione, el cual en el último conclave fue presentado por el Austria y la Francia, y á quien designara por su sucesor Pío VII en los últimos instantes de su vida: tal fue el que reemplazó á Leon XII. Pío VIII debia pasar como un metéoro por la Silla apostólica. Cuando en 22 de abril se presentaron los Jesuitas á recibir la bendicion del nuevo Pontífice, se apresuró este á darles una prueba evidente de su amor dirigiéndoles las siguientes palabras:

«Lo he dicho á menudo, y lo repetiré siempre con complacencia, amo á la Compañía de Jesús con un amor que tengo grabado en mi corazon desde la infancia. Siempre he profesado una singular devocion á san Ignacio y á san Francisco Javier, cuyos nombres tengo la dicha de llevar, aunque indignamente: estudié con los mas célebres jesuitas, por lo que me consta que han prestado á la Igle-

«sia eminentes servicios: la Iglesia no puede separarse del Papa, así como este tampoco puede separarse de la Compañía. ¡Son tan tristes los tiempos que corremos! Nunca desplegó la impiedad tanta audacia, tanto odio, tanta astucia; quién sabe si el día de mañana habrá recibido ya la Iglesia nuevos ataques que debemos prevenir uniéndonos para hacer frente á los enemigos del Señor. Entrad, pues, de nuevo en vuestras provincias y abrasadlas con el ardor que os anima: predicad, enseñad la obediencia y la virtud en las escuelas, en las cátedras y en los confesonarios, con la voz, con el espíritu y con la pluma. ¡Que Dios bendiga vuestros esfuerzos! Y vivid seguros que siempre hallaréis en mí el mas tierno y mas afectuoso de los padres.»

En la víspera de los acontecimientos que iban á trastornar la Europa y á desolar la Iglesia católica, es innegable que tenia aquel discurso algo de tristemente profético. No se ocultaba á los Jesuitas la gravedad de las circunstancias ni que eran ellos objeto de los supuestos terrores y encarnizados odios de la incredulidad y del carbonarismo; pero alentados¹ por el Papa, no se dejaban intimidar por los enemigos de la Religion.

Nació Juan Roothaan, nuevo general de la Orden, en Amsterdam á 20 de noviembre de 1785: era su carácter un cúmulo de opuestas cualidades, era tranquilo y frio en el exterior, cuanto ardiente y sensible interiormente. La moderacion en todos sus actos y palabras era su virtud dominante y estaba basada en la fuerza de su carácter y en su educacion primera. Nacido católico en un país protestante² y

¹ Acompañado Pío VIII de los cardenales della Somaglia y Odescalchi se trasladó al Gesu en 2 de diciembre de 1829 á fin de orar ante el altar de san Francisco Javier, cuya fiesta celebraba aquel día la Iglesia, y en él promulgó el decreto de la canonizacion del bienaventurado Alfonso de Liguori. El día y el lugar elegidos para la publicacion del decreto no sorprendieron á nadie en Roma, porque la doctrina de Liguori es idéntica á la de los teólogos de la Compañía: su teología moral no es mas que el comentario de la *Medulla theologiae moralis* del P. Busembaum, cuyo texto ha conservado íntegramente. La canonizacion de Alfonso de Liguori era, pues, la justificacion de los casuistas del Instituto y principalmente de Busembaum, cuya obra no habia sido tan vivamente atacada por los Jansenistas sino por la extrañeza del nombre del autor, contra el cual dirigieron un sin fin de sarcasmos, por serles imposible atacar en buena lógica la veracidad de la obra.

² Cuando concibió en 1804 el jóven Roothaan el proyecto de abandonar á su país y su familia para seguir en la Rusia Blanca la vocacion que se manifestaba en él, partió inmediatamente de Amsterdam dirigiéndose al colegio de Po-

siendo jesuita en un imperio cismático, no es extraño conociera ya desde su edad mas temprana el precio de la tolerancia : amaba el estudio, la oracion, la enseñanza y el apostolado. La eleccion de los Padres le colocó al frente de la Sociedad, cuyo peso se resignó á aceptar, mandando como habia hasta entonces obedecido, sin ostentacion y con dignidad. Para hacer frente á las tormentas que no cesaban de amenazar al Instituto, para alentar á los tímidos y reprimir la impetuosidad de los exaltados, se necesitaba un carácter perseverante y prudente, que Roothaan supo conservar correspondiendo así á las esperanzas de todos los profesos. Fue colocado á la cabeza de la Orden de Jesús en una época en que se hallaban las pasiones exaltadas, por lo que ya desde el primer dia se trazó una línea de conducta que no dejó de seguir jamás.

No ignoraba la Compañía que todos los golpes de que era blanco se dirigian mas bien contra el Catolicismo que contra ella ; sin embargo resignada se asumia toda la responsabilidad de aquellas acusaciones ; persuadida de que la Santa Sede tendria en consideracion sus sacrificios, permanecia impávida ante los ultrajes, por mas que debiesen estos convertirse muy pronto en violencias, como no tardó en suceder desde el momento en que estalló la revolucion de julio dando la señal á todos los demás conspiradores. Italia, España, Portugal y Polonia se insurreccionaron tambien en nombre de la libertad, haciendo expiar esta en todas partes su triunfo á los Jesuitas, excepto en Varsovia y Bruselas. Bajo el nombre de Jesuitas se confundian la fe de los pueblos, la autoridad de la Iglesia y las diferentes jerarquías del Clero : por todas partes la Revolucion arrojando su máscara se presentaba con la cara descubierta aspirando á derribar los tronos para sofocar el Catolicismo. Como en Francia y en España, no fueron los Jesuitas de Italia mas que un accesorio, á

lotsk donde llegó sin mas recomendacion que una carta de uno de sus maestros protestantes. Hé aquí lo que escribia en 15 de mayo de 1804 á los Padres de la Compañía Van Lennep, célebre profesor de literatura del Ateneo de Amsterdam :

« No ignoro cuánto se distinguió ya desde sus primeros dias la Sociedad en todos los ramos del saber, ni que sus servicios han sido tan brillantes que no podrán ser nunca olvidados. » Y luego hablando de su protegido católico añadia : « Os recomiendo, reverendos Padres, de un modo particular á ese jóven, cuyo mérito he podido yo apreciar altamente. ¡ Ojalá le colmeis de ciencia y virtudes para que le veamos un dia adornado con esos dones por los cuales « ha emprendido tan largo viaje ! »

quienes se persiguió solo por complacer la conciencia liberal ; puesto que la insurreccion llevaba mas altas sus miras. La muerte de Pio VIII acontecida en 30 de noviembre de 1830 despertó en el corazon de los carbonarios romanos la idea de seguir el ejemplo de Francia. Esta habia formado sus barricadas y logrado su dia de devastacion y de engaños ; y así es que á fin de contener á la Europa procuró propagar la revolucion en los Estados vecinos. Los carbonarios de las Legaciones se agitaron como la Polonia, por haberles prometido su independencia los agentes de la Revolucion, y mecídoles en la esperanza de que iba la Santa Sede á sucumbir bajo sus golpes, sobre todo en aquella época en que se veia la Iglesia sin jefe. Fué, en efecto, la insurreccion ganando terreno hasta que en 2 de febrero de 1831 fue el cardenal Mauro Capellari elegido papa bajo el nombre de Gregorio XVI.

No contuvo, sin embargo, del todo aquel nombramiento los proyectos de los revoltosos, los cuales no pudiendo oponerse á que tuviese Roma un Pontífice, intentaron impedirle de que tuviese un Soberano. Debia estallar en la capital una sublevacion el 17 de febrero en medio de la algazara del Carnaval ; pero el cardenal Bernetti, que era hombre de talento y de energía, fue nombrado secretario de Estado, y como sabia de antemano los planes revolucionarios, logró con su firmeza hacerlos fracasar.

Á fin de tener mas prosélitos, alzaron los insurgentes de las Legaciones la bandera tricolor ; pero á pesar de todos sus esfuerzos tuvieron que contentarse con su primera y única victoria alcanzada sobre los Jesuitas. En el mes de febrero, y casi en una misma hora, fueron invadidos los colegios de la Sociedad, y se apoderaron los revolucionarios de las casas del Instituto en Spoleto, Fano, Módena, Reggio, Forli y Ferrara, dispersando á los maestros y discípulos, y buscando las armas que debian haberse depositado allí como en un arsenal hostil al pueblo. Proclamaron la libertad, y el primer acto que esta les inspiró fue un decreto de expulsion : deseaban asegurar la victoria de la igualdad por medio de la arbitrariedad, y acudieron á la formacion de comisiones militares para librarse de la irrision pública¹. Expulsaron á los Jesuitas en lugar de ir á vencer á los

¹ Apenas fueron dueños de la ciudad, cuando establecieron ya los carbonarios de Bolonia comisiones militares para juzgar con todo rigor y premura á cuantos no aceptasen gustosos la felicidad que querian los revolucionarios imponerles. Formaron tambien desde luego los carbonarios una guardia nacional,

austriacos, prefiriendo pasar el tiempo en promulgar injustas leyes, que en asegurar su triunfo por medio de una batalla decisiva. Solo servian los revolucionarios para injuriar y amenazar de muerte á algunos pobres ancianos é indefensos sacerdotes en el momento en que temblando por sus dias imploraban proteccion é iban á refugiarse en algunos buques extranjeros á fin de interponer las olas del Mediterráneo entre ellos y la injusticia de los hombres.

Solo contaba la insurreccion italiana con sus partidarios de allende los Alpes, puesto que en Italia ningun eco pudo encontrar su rugido. Expulsaba la Revolucion á los Jesuitas de sus colegios, mientras exhalaba sus últimas bocanadas por falta de apoyo. Sorprendidos por un momento los pueblos salian de su estupor para saludar con gritos de entusiasmo el advenimiento de Gregorio XVI al trono pontificio. Era este un papa cual se necesitaba en aquellas circunstancias en que tanto se agitaban los innovadores; era un principe de conciliacion y perseverancia, de saber y de tacto que unia al candor de un niño la experimentada sagacidad de la edad madura. Sacado Gregorio XVI de un monasterio de Camaldulenses, habia vivido mucho tiempo en él entregado al profundo estudio que le enseñó el conocimiento de los hombres, conocimiento que tanto le sirvió para el desempeño de los grandes negocios que tuvo á bien confiarle Leon XII. Sin duda habia tenido este Principe el valor de un mártir, así como tuvo el mas difícil aun de la paciencia y del deber. No podian ser mas terribles las pruebas por que pasaba en aquella sazón la Iglesia: tenia la Revolucion en las puertas de su reino, mientras que se le exigia consagrar aquellas revoluciones que trataban de legítimas los demás pueblos. Por una parte se apelaba á las armas contra la Santa Sede; y por otra se le exigia sancionar los poderes recientemente establecidos: habia reyes destronados que procuraban guarecerse á la protectora sombra de la silla de san Pedro, al paso que otros principes nuevos solicitaban como reconocimiento del derecho la proteccion que á todos concedió el Pontífice. La situacion no podia ser mas difícil; pero Gregorio XVI la supo dominar desenvolviendo y aplicando el principio de aquel ministerio pastoral que debe ser siempre indiferente á los vaivenes de la política. Mientras

siendo una de las atribuciones del Consejo el castigar como crimen de *lesa majestad* todo insulto, aunque solo de palabra, hecho contra la guardia cívica.

Siempre se halla en la revolucion lo ridículo junto á la crueldad sangrienta, por ser los revolucionarios lo mismo en todas partes.

que se dilucidaban en el Vaticano estas importantes cuestiones, los Jesuitas, proscritos por el espíritu revolucionario, volvian á entrar en sus establecimientos en medio de las aclamaciones de todas las familias. Para sostener la piedad y la disciplina en las Órdenes monásticas, adoptó en aquella época el cardenal-vicario Zurla una resolucioh enteramente nueva: invitó á todos los religiosos de Roma á hacer los ejercicios de san Ignacio. Designóse al P. Finetti para enseñárselos, siendo la iglesia del Gesu destinada por el Cardenal para reunirse el Clero. Sucedieron á los excesos de la Revolucion algunos años de venturosa calma que supo aprovechar el Papa para acceder á los ardientes votos de la Propaganda, la cual por medio del cardenal Fransoni pedia que se confiara á la Compañía de Jesús la direccion del colegio Urbano ¹. «Estamos persuadidos tanto como pueda estarlo nuestra Congregacion de la Propaganda, decia el «Soberano Pontífice en su breve de 20 de octubre de 1836, que la «educacion de esos jóvenes clérigos destinados á difundir la luz del «Evangelio hasta en los mas remotos confines, y á regar con sus «sudores apostólicos la viña del Señor, no puede estar confiada «para las ventajas de la Iglesia sino á los miembros de la Compañía de Jesús. Por su especial instituto está consagrada esta «Sociedad á dirigir la juventud en el temor de Dios, en las ciencias y en las letras; asimismo es esta sociedad religiosa la que hemos visto sin cesar dedicarse á procurar con celo la mayor gloria «al Señor en todas sus operaciones. La larga y feliz experiencia que «desde la fundacion de esta Compañía hasta nuestros dias tiene la «Iglesia de la incontestable aptitud de los Padres del Instituto para «dirigir las escuelas, ya de jóvenes seculares, ya de clérigos, en todas las partes del mundo; y finalmente los honrosos y unánimes «testimonios que en todas partes los enemigos mismos de la Santa «Sede y de la Iglesia, por la evidencia de los hechos, se ven obligados á dar á la Compañía de Jesús por la excelente educacion que «procuran á la juventud; todos estos motivos nos inducen á acoger «con benevolencia la súplica que V. Ema. nos dirige á nombre de «la Congregacion de la Propaganda.»

Los peligros con que la incredulidad amenazaba á la Iglesia se

¹ El colegio Urbano, así llamado en memoria de su fundador el papa Urbano, lleva tambien el nombre de colegio de la Propaganda por formarse é instruirse en él los sacerdotes que deben predicar el Evangelio á las naciones mas remotas.